

DINÁMICA DE LA CULTURA

La expresión "bien cultural" tiene un sentido suficientemente amplio: comprende hechos, cosas e instituciones políticas, económicas y sociales.

El mundo de los bienes culturales es complejo y múltiple. Consta, en verdad, de diversas zonas: la ciencia y técnica, el lenguaje, la economía, las artes, el juego, la moral, el derecho, las costumbres, los mitos, la religión... Cada zona, por otra parte, es asimismo múltiple y compleja. Hoy, ya no hay quien conozca todas las ciencias, menos aún todas las técnicas. La plástica se diversifica en incontables manifestaciones; la literatura no sólo se produce en creciente variedad dentro de los géneros clásicos (épica, lírica y dramática); también en muchas y nuevas modalidades; hay escuelas literarias cada vez en mayor número. La legislación de nuestro tiempo, comparada, no ya con el derecho romano, sino con la del siglo XIX, reviste insospechados aspectos. Las profesiones se multiplican; las necesidades sociales aumentan a ritmo acelerado; la comunicación interhumana es ya un hecho común. ¿Está la cultura a punto de perder su unidad? ¿Es el incremento cualitativo y cuantitativo de los bienes culturales causa determinante de ello?

1. *Interpenetración de las zonas culturales*

No; el incremento de la cultura no es signo de una escisión; antes bien, claro indicio de la unidad de las fuerzas creadoras del hombre. En efecto, existe un nexo permanente, imprescindible, entre las zonas todas de la cultura. Razón fundamental: la unidad de la conciencia humana dentro de la diversidad de sus creaciones.

Suele afirmarse que el arte constituye una esfera de la cultura por entero independiente de las otras. Error. Las artes todas arraigan en las variadas creaciones de la vida humana. Arquitectura, escultura, pintura, música y poesía buscan y encuentran motivos de su representación en ideales éticos, en vivencias religiosas, en afanes políticos, en sucesos históricos... El arte, además, como se ha dicho, es a la vez meta e instrumento de educación. Se educa para el arte, se educa por medio del arte.

A su turno, la moralidad y las costumbres se entrelazan con las manifestaciones todas de la cultura. Si la moral es norma, "debe ser", interviene en las actividades más heterogéneas del hombre. Ciertamente: lo mismo el hombre de ciencia que el artista, el trabajador manual que el sacerdote de alguna religión, tienen deberes que cumplir, habida cuenta de su tarea social.

La ciencia, la economía y la técnica, no sólo ofrecen nexos entre sí: tam-

bién los tienen, y en buena proporción, con los demás territorios culturales. Gracias a la ciencia, la técnica y la economía se transforman; pero por su parte, las exigencias económicas estimulan la investigación científica. La actividad económica penetra en todos los sectores de la cultura. Ciencias, religión, arte y educación tienen a su servicio bienes económicos. También la técnica está destinada a ocupar una posición de servicio en la cultura, y también, como los bienes económicos, extiende su influjo a todos los sectores. La técnica, empero, no sólo afecta a la tarea de poner las fuerzas naturales al servicio del hombre; también se incluye dentro de ella, la técnica social y la psicotécnica.

Y ¿la legislación, el derecho? Los preceptos jurídicos regulan de manera autárquica las relaciones humanas. Vida familiar, propiedad, contratos, relaciones personales, delitos, política, comercio, economía son, entre otras, actividades que tienen que ver con el derecho. Incluso la educación está sometida a ciertas normas jurídicas, y el arte, a veces, se protege e impulsa por decretos legislativos.

No existe, claro está, una solidaridad unánime dentro de todas las zonas de la cultura. A veces se producen pugnas entre ellas: la lucha constituye una forma de vida humana. Suelen estar, por ejemplo, ciertas convicciones religiosas en pugna con determinada orientación política. Dentro de una misma zona cultural se produce de continuo una contienda entre lo nuevo y lo viejo. Pero todo esto confirma el poder creador del hombre. A través de fricciones, conflictos, profundos contrastes, el hombre encuentra nuevos horizontes, construye nuevas formas de vida; es la dinámica de la cultura.

La naturaleza del hombre y el medio geográfico en que vive, factores étnicos y geográficos, constituyen sólo el trasfondo de la concreta y compleja vida humana. El hombre es hombre por su existencia cultural. La cultura es creación, expresión y definición del hombre. La cultura es peculiar producto de la vida humana. En la cultura y por la cultura se realizan las más hondas esencias del hombre. Algunos suelen, con equívoco manifiesto, contraponer la cultura a la vida. Nada más inocuo. La vida humana, que es vida histórica, posee formas intransferibles, propias. Esas formas de la vida son las formas de la cultura.

La educación humana como proceso de asimilación de la cultura es un irse haciendo a sí mismo. En ésta su cambiante existencia, el hombre tiene que orientarse, tiene que decidirse. La vida humana ofrece aspectos de riesgo y azar. En cada momento de la vida, que se presenta incierta e insegura, el hombre bosqueja, imagina un proyecto. Mas con la ingente intención de formular una respuesta, el hombre vuelve su mirada a sus propias creaciones. La ciencia, por rudimentaria que sea, le alecciona acerca de la realidad; la moral le suministra normas de acción; el arte le conduce a experiencias de plenitud emotiva y la religión ofrece a los más un asidero inmovible en

las peripecias del futuro incierto. La cultura es un expediente de seguridad: lo relativamente lúcido frente a lo confuso. Cuando en una forma cultural, cualquiera que ella sea, ya no se hace confianza, trata el hombre de sustituirla por otra. Mas, para ello, precisa crearla. La cultura, de esta suerte, provee nuevas y menos imperfectas formas de seguridad. La cultura es el elucidario de la existencia.

La cultura así entendida es una manera de vivir, es vida humana. Cuando un pueblo logra desarrollar sus vigorosas e íntimas posibilidades, crea un señero estilo de vida. Su plástica y literatura, su ciencia y su técnica, su moral y política, sus ritos y creencias religiosas exhiben, en conjunto, un aire de familia que lo diferencian de todos los demás pueblos. Una es la cultura egipcia, otra la hebrea, para ejemplificar con dos pueblos pertenecientes a una típica y prolongada época de la historia universal.

2. *Morfología de las culturas*

Para comprender bien el *éthos* de un pueblo es preciso indagar la forma y tipo de su cultura, pues ésta se ofrece de manera concreta y vital. La morfología de la cultura alecciona sobre ello.

Por su origen, las culturas pueden ser: *a)* autóctonas, *b)* de trasplante. De tres centros culturales autóctonos habla la historia: el Mar Chino-japonés, el Mar Mediterráneo y América Central. Las culturas por trasplante ofrecen de continuo un carácter mixto, gracias al contacto con formas diversas de vida. El contacto de las culturas da lugar a cuatro tipos culturales. Puede ocurrir un encuentro de culturas mediante inmigraciones de grupos de una cultura, ya superior, ya inferior. Este tipo de contacto por *inmigración* puede asumir forma armada o pacífica. La *colonización* da lugar a otro tipo cultural. Se revela por la voluntad de transmitir bienes culturales de todo orden y de explotar económicamente la región por medio del poder. Una tercera manera de contacto puede ocurrir a *distancia*; se trata entonces de una recepción de bienes culturales que, en todo caso, unifica las culturas de diversos parajes de la Tierra. La cuarta forma de contacto produce el tipo *renacimiento*, cuya esencia no es meramente reproducir bienes pretéritos, sino bajo el movimiento de perfección que se imita, crear nuevas formas culturales. Iberoamérica ofrece una variedad de culturas en que predomina, más o menos, el tipo "colonización" y el tipo "influencia a distancia".

En América, empero, se produjo un característico fenómeno de *transculturación*. Dentro de los cuadros de vida traídos por los colonizadores van encontrando acomodo supervivencias de las culturas indígenas, y no pocas. En el lenguaje, en el arte, en el derecho, en la religión, etc., hay rastros de las culturas prehispánicas.

También pueden tipificarse las culturas desde el punto de vista de la

preponderancia de ciertas formas de vida sobre otras. “La concepción del mundo —dice Francisco Romero— en cada momento se refleja en la cultura, la determina, le otorga su acento y su unidad de estilo. Por ejemplo, una concepción del mundo en que prepondere el factor religioso, coloreará de religiosidad todos o casi todos los aspectos de la cultura. Una concepción del mundo de tendencia estética o utilitaria, teñirá de esteticismo o utilitarismo aun aquellos sectores de la cultura que menos tengan que ver directamente con el arte o con la utilidad.”

Otro ángulo desde el cual pueden caracterizarse las culturas es el relativo a la mayor o menor riqueza de bienes culturales. Este aspecto no coincide con el hecho de las concepciones del mundo y de la vida. Las culturas pueden ser más o menos complejas, ricas, ubérrimas; más o menos pobres, indigentes. Las culturas en sazón, desarrolladas, ostentan de continuo formas múltiples de vida: poseen y cultivan variados territorios culturales, cada uno de los cuales ofrece, a su vez, una manifiesta riqueza de modalidades. La ciencia europea, hoy, es un claro ejemplo de ello. Otros pueblos, a la inversa, no sólo carecen de ciertas formas de vida, o éstas se ofrecen de indiferenciada manera, sino que, además, son impermeables a determinados motivos y eclisiones culturales. Las culturas son, vistas desde aquí, o *culturas de plenitud* o *culturas lacunarias*, vale decir, deficientes; incompletas. La cultura lacunaria se caracteriza por la falta total de uno o más bienes culturales en una sociedad o por nivel muy bajo en un sector de la cultura (por ejemplo, de la filosofía, de la enseñanza superior, de ciertas instituciones económicas). También es propio de estas culturas la fragilidad o ausencia de normas y jerarquías dentro de los dominios de ella.

¿Cuántos individuos participan de manera activa, vital, en una cultura? ¿Todos? ¿Los más? ¿Pocos? He aquí el tema de la cuantificación de las culturas. “Un hombre—decía Schiller—, por más que tenga vida y forma, está lejos de ser una forma viviente. Es necesario que además su forma sea vida y su vida forma.” Es indudable que el número de individuos que integran una cultura es factor determinante en la estructura y cambios de ésta. La cultura es vida en comunidad, y ésta, expresión de los hombres que la integran. Lo que no significa, de ningún modo, que todos los miembros de una cultura deban participar en el mismo grado en todos los sectores de la vida. Hay bienes culturales que reclaman cierta división de funciones humanas y, correlativamente, determinadas aptitudes. La creación estética, por ejemplo. Otros, en cambio, exigen una acción colectiva, como la vida moral y la educación. La participación activa en la cultura no niega, antes bien implica, tareas específicas de los individuos. Lo decisivo reside en que todos sean actores, grandes o pequeños, de la obra colectiva. “Sólo todos los hombres viven todo lo humano”, que decía Goethe.

En Iberoamérica no sólo existen muchos y nutridos reductos de grupos

indígenas segregados de toda forma social, al margen de la vida colectiva. En las propias urbes, los estamentos sociales, por razones económicas principalmente, provocan graves diferencias en la vida y desarrollo de las culturas. Éstas, en términos generales, carecen del vigor de estructuras vivas, amén de su carácter lacunario y deficiente participación de sus miembros. Yuxtapuestas, ejercidas a veces por mera imitación superficial, las formas de vida no son propicias a una auténtica renovación de la cultura. Pero frente a esta situación y contra explicables resistencias, las nuevas técnicas, no sólo materiales, sino también jurídicas y sociales, laboran, están laborando, en beneficio de una nivelación, bien que aún no próxima, de las culturas americanas.

La internacionalización de la vida contemporánea ha tenido sobre América Latina un efecto sinérgico de notoria y bienhechora influencia. Las primera y segunda guerras mundiales han permitido destacar y fortalecer los vínculos que enlazan a las naciones del Nuevo Mundo.

3. *Tradición y renovación*

El patrimonio cultural de cada pueblo no es estático; la ciencia progresa, los usos cambian, las formas artísticas se desenvuelven; pero la transformación, de continuo lenta, a veces rauda, que experimentan los bienes que lo integran, es resultado de una pugna entre dos fuerzas antagónicas. Los bienes culturales tienden, por un lado, a estabilizarse; por otro, son objeto de una interna evolución. La educación como un asimilarse formas de vida cultural es testimonio y signo de ello. Ciertamente: el hombre se halla a la vez frente a una tendencia a reproducir viejas formas de vida y a otra que trata de incorporarlo en nuevas formas de vida, lo que ocurre de más intensa manera cuanto más elevada es la cultura de que se trata. Tradición y renovación obran en sentido opuesto, produciéndose un conflicto, cuyo resultado señala una etapa en el desenvolvimiento de cada pueblo.

Todos los territorios culturales ofrecen esta lucha; pero no en todos ellos predomina de igual manera ora el factor que renueva, ya el factor que estabiliza. En el mito y en la religión, más en aquél que en ésta, se advierte un predominio, casi omnímodo, de la tendencia a la estabilización. Mito y religión son, en efecto, los hechos culturales más conservadores. Lo característico del mito es la narración fabulosa, a la cual se le acredita, más por motivos sentimentales que ideológicos, la fuerza o "causa" de hechos reales. Es una forma de vida humana. La función mitificadora, forma colectiva de existencia, se petrifica en sus creencias. Vinculada al mito, está la religión primitiva. Lo religioso es, por esencia, lo permanente, y lo es, entre otros hechos, por tener un origen inmemorial, fuente oculta, enigmática, pero todopoderosa.

Singularízase la conciencia religiosa, por primitiva que sea, en que tiene

ya, aunque rudimentaria, una representación de lo ilimitado y omnipotente. En ello se fundan los ritos, tan rígidos e inviolables, que orientan la vida: ésta, en efecto, discurre en un círculo angosto de consagraciones, observancias, tabúes. Pero esta representación es el impacto que inicia la superación de la etapa mítica y que, andando el tiempo, habrá de promover, bien que a ritmo lento, ciertas mudanzas en la concepción del mundo de la comunidad. En estos cambios las personalidades sobresalientes, cuando existen, señalan el camino. Así, suele quebrantarse el tradicionalismo rígido del mito y de la religión primitiva.

Por otra parte, la religión, como lo delata su etimología, es en un sentido vínculo, *re-ligare*. En tanto en cuanto núcleos de hombres creen en un mismo Dios y practican de parecida manera el homenaje a la Divinidad, poseen cierta y peculiar concepción del mundo y de la vida. Ideas religiosas son, para los más de los hombres, radicales fundamentos de la conciencia moral. La ley moral vale como norma y mandato de Dios. Teísmo y politeísmo como concepciones del mundo dan una tónica religiosa a la vida entera de la comunidad. El arte es deudor a la religión, en gran parte, de sus orígenes y épocas de florecimiento. La propia ciencia tiene nexos con la religión en pretéritas épocas, y los ideales y motivos de la obra educativa, como en el caso de América, obedecen a razones de evangelización.

El lenguaje constituye otra forma cultural conservadora; de suyo se comprende: sin el carácter de estabilidad, el lenguaje no podría propiciar y aun asegurar la comunicación interhumana. Si mito y religión vinculan a los hombres con fines trascendentes, el lenguaje los vincula en un diálogo terreno y múltiple. El propio mito ha menester del lenguaje. El lenguaje es la más alta creación del hombre para el hombre. El lenguaje, además, es un factor poderosísimo de aglutinación social. Entre los bienes culturales legados por España, acaso el idioma ha sido el más decisivo en la formación de los pueblos americanos.

De manera pausada, lenta, pero continua, sin embargo, evoluciona el lenguaje. Dos hechos, uno habitual, consuetudinario, otro accidental y azaroso, promueven este cambio. En la permanente adquisición, por las generaciones jóvenes, de las formas lingüísticas, se opera, bajo el signo de nuevas circunstancias de vida, una correlativa mudanza. Al asimilarse el lenguaje, niños y jóvenes asumen una actitud activa, la cual, a veces, acarrea consigo nuevos vocablos y nuevas formas de expresión. El lenguaje recorre, empero, nuevos derroteros, cuando aparecen en la historia grandes hombres de letras. Se producen entonces las invenciones lingüísticas, que, tras cierto lapso, propaganse en la comunidad. De estas personalidades emana lo nuevo. Así de un Cervantes, de un Ruiz de Alarcón, de un Andrés Bello. El lenguaje, en fin, evoluciona en paralelo al progreso de otros bienes culturales, de la ciencia, sobre todo.

Es la ciencia la creación, hoy, que proporciona al hombre la máxima seguridad en el mundo. En particular, desde los tiempos modernos, este producto de la cultura ha logrado una preponderancia insospechada en la conducción de la vida, merced, ante todo, a sus aplicaciones prácticas. La ciencia tiene para el hombre un doble sentido: por una parte, es interés especulativo, intento irrevocable del hombre de saber, de saber lo que es el mundo que le rodea y lo que nosotros mismos somos; por otra, no menos poderosa y decisiva, es la actitud práctica, deseo y necesidad a la vez, de comprender los hechos de la naturaleza para someterlos, mediante recursos metódicos, a los intereses de la vida y de la acción. Es verdad: sobre los propios valores que cultivan la ciencia, ésta se traduce en innumerables técnicas que encauzan vida y conducta de los hombres. Los descubrimientos científicos de todo orden traen consigo tecnologías que vienen a transformar, de manera muy significativa, la vida económica en todos los aspectos, y que, puestos al servicio de la higiene, elevan la salud y demás bienes vitales del hombre. Las técnicas, empero, también incrementan la guerra. Forjan las armas de la bélica contienda, que, en nuestro tiempo, son decisivas. Las últimas guerras han sido en gran parte guerras de industrias. Las tecnologías derivadas de las ciencias sociales, por su parte, favorecen las relaciones de los hombres. Hay técnicas jurídicas, pedagógicas, demográficas, económicas... Los países de América hispánica ven en la técnica un eficaz recurso para resolver los problemas de todo orden que les aquejan y sus ideólogos y pensadores sólo previenen contra los excesos de ella, la tecnocracia.

En relación con la pugna entre las dos fuerzas antagónicas actuantes dentro de la compleja obra de la humana cultura, la tendencia renovadora, revolucionaria, prepondera en la ciencia. De cierto, en ninguna otra zona de la cultura se advierte esta hegemonía del factor progresivo sobre la actitud estabilizadora. La historia de las ciencias exhibe de manera circunstanciada, acaso abrumadora, este carácter de las ciencias. Ya en los orígenes del pensar científico, éste, aparecido tardíamente, rectifica la concepción mítica, y desde entonces a sí mismo se supera en un recorrido raudo, constante y seguro de su propia dirección. Hoy la ciencia constituye una parte, la mayor, la más generalizada, de la concepción del mundo y de la vida del hombre moderno. A ella, a través de la técnica, además, se deben muchos usos, creaciones indudables de bienestar y felicidad humanos.

La ciencia, órgano y meta del conocimiento, signo de modernidad, elemento propio insustituible de la formación humana en nuestros tiempos, asegura las aptitudes del saber, la perspicacia en el pensar y, sobre todo, la independencia de juicio. América ibera está lejos todavía, con sus grandes núcleos de hombres privados de la educación fundamental, de tales metas. Aun el individuo medio, atormentado por la propia inseguridad de la existencia, cae, dócil y complaciente, en las nieblas de la credulidad y de la su-

perstición y no es raro que sea víctima de quienes ejercen la autoridad con un vértigo ciego de poder.

La filosofía como producto cultural, particularmente en los países iberoamericanos, ofrece ciertas modalidades en orden a la dinámica de la cultura. Ha estado, a veces, al servicio de la religión; otras, al servicio de la política. Educadores, clérigos, políticos, líderes sociales ejercieron la filosofía con una intención práctica. Con ello se perdió al filósofo puro, pero se tuvieron efectos benéficos en la vida social durante épocas de organización colectiva. Un fray Alonso de la Veracruz, un Alberdi, un Lastarria, un Hostos, un Justo Sierra pertenecen por igual, en América, a la historia de la filosofía y a la historia de la religión, de la política, de la moral o de la educación. No es, por lo demás, insólito el hecho. Montesquieu y Rousseau, por ejemplo, son, a más de filósofos, pioneros del constitucionalismo moderno. La concepción materialista de la historia y la doctrina del valor de Marx y Engels son ideas que orientan la llamada democracia social de nuestro tiempo.

En América, como en Europa, ideas filosóficas han inspirado, a veces, obras poéticas. Así como en Dante encontramos la formulación poética de la filosofía de Tomás de Aquino; en Goethe la de Spinoza; en Schiller la de Kant y en Wagner la de Schopenhauer —el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo pone en bellas estrofas una concepción deísta del mundo; el puertorriqueño Alejandro Tapia, una imagen idealista de la vida a lo Hegel, y el mexicano Manuel Acuña, la doctrina del materialismo, en forma descarnada y doliente.

También el arte, confidente inseparable de mito y religión, pero vinculado asimismo, desde siempre, a otras manifestaciones de la cultura, tiene su parte, esencialísima, en la educación del hombre. Las bellas artes (arquitectura, escultura, pintura, música, literatura) son creaciones humanas de una peculiar estructura. Al paso que la ciencia, cada ciencia, aspira a un acervo de conceptos, el arte nos proporciona un mundo de imágenes. En tanto el lenguaje en su estricta función comunicadora se reduce a términos verbales, ya simples o complejos, el arte da de sí estructuras que llevan consigo valores estéticos, lo bello, lo sublime, lo elegante, lo cómico... El arte como obra creadora es algo concreto, individual, tangible. El arte como vivencia es un hecho contemplativo, acompañado siempre de emoción.

En el arte no predomina, por cierto, la tendencia conservadora. La originalidad, el poder creador del artista, prevalece sobre la tradición. Creando, ennoblece, cultiva y hace grata la existencia del arte. Sin embargo, las formas y motivos tradicionales tienen su parte en la creación y contemplación estéticas. "Lo mismo que en el caso del lenguaje, las mismas formas son transmitidas de una generación a otra, dice Cassirer. Los mismos motivos fundamentales del arte retornan una y otra vez. Y, sin embargo, todo gran artista verdadero hace, en cierto sentido, época. Nos percatamos de este hecho cuando compa-

ramos nuestras formas corrientes del lenguaje con el lenguaje poético. Ningún poeta puede crear un lenguaje enteramente nuevo. Tiene que adoptar las palabras y tiene que respetar las reglas fundamentales de su lengua. Pero a todo esto el poeta no sólo les presta un nuevo giro, sino también una nueva vida. En la poesía, las palabras no son significativas sólo en una forma abstracta; no son meros indicadores con los que tratamos de designar ciertos objetos empíricos. Tropezamos, por el contrario, con una especie de metamorfosis de todas nuestras palabras comunes. Cada verso de Shakespeare, cada *stanza* de Dante o de Ariosto, cada poema lírico de Goethe tiene un sonido peculiar. Dice Lessing que es tan difícil robar un verso de Shakespeare como robar la clava de Hércules."

Otra estructura ofrece la vida económica. En ésta se realizan los valores utilitarios. Los bienes económicos colman las necesidades humanas y traen consigo bienestar y felicidad. El progreso económico va como de la mano de los adelantos de la ciencia y de la técnica. Ello significa que la economía intensamente se transforma, que en ella la tendencia a la estabilización es de mucho menor efecto que la acción renovadora. Por desgracia, no todos los hombres pueden disfrutar en parecida medida de los bienes económicos. Expresión de esta desigualdad se nos ofrece, dramática, a veces angustiosa, en las clases sociales. Aunque no el único, el factor económico es elemento decisivo en la configuración de las clases sociales. Cada una de éstas se caracteriza, en efecto, por cierta homogeneidad y nivel de vida y de educación, inseparablemente unidos a determinada situación económica.

La educación tiene relaciones íntimas con la vida económica y con la formación y transformación de los niveles sociales. El tema de la educación económica tiene dos aspectos: la educación económica está encaminada, por una parte, a cultivar las destrezas y técnicas con la mira de producir la riqueza social; educación encaminada, por la otra, a despertar en el educando la conciencia de la vida económica moderna, de las injusticias en este orden de hechos y de los ideales de una equitativa distribución de los bienes.

Otro aspecto de la cultura, acaso central en la vida toda del hombre, es la moral. Incluso, y de manera importante, la justa distribución de las riquezas, de los bienes económicos, dice relación con la valoración moral de la conducta. La exigencia de que todo hombre sea elemento activo en las tareas colectivas del bien social, es una exigencia ética que reclama, paralelamente, medios económicos de vida suficientes. Las normas jurídicas (escritas y consuetudinarias) constituyen la trama objetiva de derechos y obligaciones de los individuos; son, dicho con rigor, la legalidad social. La vida jurídica es un presupuesto ineludible de la sociedad humana. *Ubi societas, ibi jus*, que decían los jurisconsultos romanos. Los ideales de justicia social sólo pueden hacerse viables por obra del derecho; el derecho, así, es vehículo de transformación colectiva. Educación y derecho son entre sí tributarios.

Por la educación, la vida del derecho se desarrolla y asegura; por el derecho, las normas de política educativa, la educación, encuentra nuevos cauces y afirma su influencia bienhechora.

FRANCISCO LARROYO